

Reflexiones: Borges y la ceguera

Salvador Dellutri (Argentina-Tierra Firme)

Es imposible hablar de la ceguera de Borges sin caer en el lugar común de citar su *Poema de los dones*:

*Nadie rebaje a lágrima o reproche
Esta declaración de la maestría
De Dios que con magnífica ironía
Me dio a la vez los libros y la noche.*

Fue escrito en 1958 e incluido, dos años más tarde, en *El Hacedor*.

Borges recibió dos dones simultáneos y contrapuestos: fue nombrado director de la Biblioteca Nacional en 1955 y, a la vez, toma conciencia de que tiene que abstenerse por completo de leer y escribir. Estaba rodeado de códices antiguos, enciclopedias, páginas impresas por Gutenberg, manuscritos miniados, atlas fantásticos, incunables... eran más de 800.000 volúmenes que compendiaban la cultura.

*De esta ciudad de libros hizo dueño
A unos ojos sin luz, que solo pueden
Leer en la biblioteca de los sueños
Los insensatos párrafos que ceden*

*Las albas a su afán. En vano el día
Les prodiga sus libros infinitos,
Arduos como los arduos manuscritos
Que perecieron en Alejandría.*

Es en ese lustro que comienza en 1955 cuando se ve precisado a usar bastón. Y se desliza por los infinitos laberintos de la Biblioteca a fin de valorar la fatalidad:

*Lento en mi sombra, la penumbra hueca
Exploro con el báculo indeciso,
Yo que me figuraba el paraíso
Bajo la especie de una biblioteca.*

La ceguera de Borges fue gradual. Su padre había muerto ciego, también su abuelo y un bisabuelo inglés. No debe extrañarnos que el problema lo obsesionara. En su *Autobiografía* publicada en 1970 dice:

«Mi ceguera había avanzado gradualmente desde mi infancia. No había nada particularmente patético o dramático en ella. A partir de 1927 sufrí ocho operaciones quirúrgicas en los ojos, pero al finalizar la década del cincuenta, cuando escribí mi “Poema de los dones”, yo estaba totalmente ciego».

Desde ese momento, la ceguera fue uno de sus temas recurrentes, junto a los espejos y los laberintos. Lo vimos caminar por la calle Florida con la cabeza erguida, una característica que le daba majestad y señorío. No sospechábamos que esa postura se debía al consejo de un oftalmólogo que le había dicho que si se inclinaba, se le podía desprender del todo la retina. Pero no la vivió como tragedia, desgracia o frustración. En *La rosa profunda* confiesa:

*«Al recorrer las páginas de este libro advierto
con algún desagrado que la ceguera ocupa un
lugar plañidero que no ocupa en mi vida. La ce-
guera es una clausura pero también es una li-
beración, una soledad propicia a las invencio-
nes, una llave, un álgebra».*

Así lo entendió y lo vivió siempre. Por eso el extraño título del poema, donde equipara el don de los libros con el paradójico don de la noche. Un don es siempre una ofrenda o una capacidad que se nos otorga como beneficio. Lo contrario sería un castigo o una desgracia. Para Borges, la ceguera fue una *dis-capacidad*, en el cabal sentido de la palabra: era una capacidad distinta, diferente.

En muchos de sus poemas, la ceguera está presente, pero es en *El ciego*, un poema recogido en *El oro de los tigres*, donde llega, con más justeza y profundidad a expresarla. Comienza hablando con recato en tercera persona, al mirarse como si fuera «El otro», pero luego pasa bruscamente por encima de sus pudores y asume la primera persona:

*Lo han despojado del diverso mundo,
De los rostros, que son lo que eran antes,
De las cercanas calles, hoy distantes,
Y del cóncavo azul, ayer profundo.
De los libros le queda lo que deja
La memoria, esa forma del olvido.
Que retiene el formato, no el sentido,
Y que los meros títulos refleja.
El desnivel acecha. Cada paso
Puede ser la caída. Soy el lento
Prisionero de un tiempo soñoliento
Que no marca su aurora ni su ocaso,
Es de noche. No hay otros. Con el verso
Debo labrar mi insípido universo.*

Borges sostenía que la ceguera lo había beneficiado como artista:

«La ceguera es un modo de vida, un modo de vida que no es enteramente desdichado. Un escritor, y yo creo que en general todo hombre debe pensar que cuanto le ocurre es un instru-

mento. Todas las cosas nos han sido dadas para un fin y esto un artista lo debe sentir con más intensidad. Todo lo que nos ocurre, incluso las humillaciones, las desventuras, los bochornos, todo nos es dado como material, o como arcilla, para que modelemos nuestro arte».

Su prosa fue creciendo en concisión; se despojó de las sorpresas del barroquismo para hacerse más directa. Sus poemas, largamente *rumiados* en soledad, están hechos de versos pulidos en los cuales la exactitud del adjetivo, asombroso e imprescindible, muestra la madurez de su pluma que, podemos afirmar sin exageración, ha sido la más brillante del siglo pasado.

Fue la ceguera la que incentivó su prodigiosa memoria, que le permitía dar conferencias extensas y amenas, sin recurrir a la ayuda de notas. Pero también lo fue distanciando de otras realidades y mostraba sorprendentes ignorancias, como cuando comentaba asombrado que le habían contado que sus libros se vendían en los kioscos callejeros.

Cuando en 1977 fue invitado a dar sus memorables *Siete Conferencias* en el Teatro Coliseo, eligió temas que, según sus propias palabras, lo habían obsesionado: «La Divina Comedia», «El budismo», «La cábala», «Las mil y una noches», etc. El último fue «La ceguera». Abordó el tema sin sentimentalismos ni complejos, y no solo habló de la ceguera como un don, sino que la caracterizó como dadora de dones. Según sus propias palabras:

«La ceguera es un don... me dio el anglosajón, me dio parcialmente el escandinavo, me dio el conocimiento de una literatura medieval que yo hubiera ignorado, me dio el haber escrito varios libros, buenos o malos, pero que justifican el momento en que se escribieron».

Tal vez a la distancia comencemos a valorar a Borges no solo como el escritor incomparable que es, sino también como un ejemplo de que todas las cosas que nos suceden en la vida son oportunidades.

Quiero concluir recordando una frase sobre la que escribí repetidas veces y me sirvió en muchos momentos cruciales de mi vida. Interrogado por un periodista acerca de cómo había encarado la ceguera dijo:

«Cuando me di cuenta que llegaba, me puse alerta. No pensé que algo terminaba. Me dije interiormente: algo está por comenzar».

No existen adversidades sino oportunidades. Cada dificultad es una puerta abierta para crecer. Borges lo entendió así y es grande porque la oscuridad física le abrió los ojos a un universo más maravilloso, que podemos captar con nuestra visión. Por eso, ante cada adversidad, sirve decir: nada termina, algo está por comenzar.

Cítese así: Dellutri, S. (2011). Borges y la ceguera. En: *Boletín Científico Sapiens Research*, Vol. 1 (2), pp. 2-3.